

A) ¿Ganar o celebrar el Jubileo?

SEMINARIO DE PROFESORES

He aquí dos expresiones utilizadas para referirse a una misma realidad. Evidentemente, la primera tiene una frecuencia de uso muchísimo mayor que la segunda. Y el asunto aunque parezca nimio no lo es tanto porque refleja dos modos muy diferentes de vivir un mismo acontecimiento.

En la tradición católica, el Jubileo es un gran suceso religioso. Es el año de la remisión de los pecados y de las penas por los pecados, es el año de la reconciliación entre los adversarios, de la conversión y de la penitencia sacramental, y en consecuencia, de la solidaridad, de la esperanza, de la justicia, del empeño por servir a Dios en el gozo y la paz con los hermanos. El Año Jubilar es ante todo el Año de Cristo, portador de la vida y de la gracia a la humanidad.

El Jubileo del año 2000 reviste una importancia especial ya que el cómputo de los años se viene haciendo, casi para todo el mundo, partiendo de la venida de Cristo al mundo y se celebra así el año dos mil del nacimiento de Cristo (dejando a un lado la cuestión de la exactitud del cálculo histórico). De este modo, se trata del primer Año Santo (llamado así no solamente porque comienza, se desarrolla y se concluye con ritos sagrados, sino también porque está destinado a promover la santidad de vida) a caballo entre el final de unos dígitos (1999) y el comienzo de otros *más redondos* (2000). El primer Jubileo fue convocado en el año 1300 por el Papa Bonifacio VIII. El Jubileo del año 2000 convocado por el Papa Juan Pablo II quiere ser una gran oración de alabanza y de acción de gracias por el don de la Encarnación del Hijo de Dios y de la Redención que Él ha realizado. Según esta afirmación, ¿cobra mucho sentido la expresión *ganar el Jubileo*? ¿No parece, por el contrario, que debemos centrar toda nuestra atención en

este Año Jubilar en *celebrar el Jubileo*? Responder con un poco de amplitud a esta pregunta es el objetivo del presente artículo.

1. SENTIDO PRIMORDIAL DEL JUBILEO

Ante todo, es necesario insistir en vivir la vertiente positiva del Año Jubilar. El Año Jubilar no es un año cronológico sino una ocasión para hacer de la vida una eucaristía permanente, esto es, vivir en una continua acción de gracias porque tenemos motivos más que suficientes para ello: el don de la vida, la gente que nos rodea, las cosas buenas que hay en el mundo, etc. Y, sobre todo, por ese gran Jubileo, que es Jesús de Nazaret, que está de cumpleaños. Celebramos que hace aproximadamente 2000 años se encarnó el Hijo de Dios en su persona. Pero esa encarnación no fue un hecho puntual y que pertenece al pasado sino que se actualiza en el presente a través de la comunidad cristiana, de la encarnación de Dios en los pobres, marginados y excluidos sociales, en los dones del Reino, de la ecología, en los ambientes en los que nos movemos, etc.

Los acontecimientos gozosos, bodas de plata, oro, diamante o platino no tienen una forma concreta de celebración, pero se celebran. Y lo celebrativo es festivo, que deja en un segundo plano otros aspectos. Tendrá que ser la familia, la escuela, la parroquia, los grupos y comunidades cristianas los que vean en sus respectivos contextos cómo concretan esa dimensión celebrativa jubilar.

Es preciso subrayar siempre, como recuerda la *Tertio Millennio Adveniente* lo que Isaías (61,1-2) expresa con las palabras: *proclamar un año de gracia del Señor [...]. La Iglesia proclama ese año de gracia y se afana para que todos los fieles puedan gozar más ampliamente de esta gracia* (n.14). Recordar que Dios es Padre Misericordioso, que perdona antes de que nosotros le pidamos perdón, debería ser una dimensión esencial en el Año Jubilar. Sus consecuencias sociales, como luego veremos, son bien evidentes.

2. SENTIDO SOCIAL DEL JUBILEO

Si retrocedemos en el tiempo del Jubileo judío contemplamos que la vertiente social formaba parte esencial del mismo. La Ley de Moisés había determinado para el pueblo hebreo un *año particular*: «Declararéis santo el año cincuenta, y proclamaréis en la tierra la liberación para todos sus habitantes. Será para vosotros un jubileo; no cortaréis ni segaréis los rebrotes, ni vendimiaréis la viña que ha quedado sin podar, porque es el jubileo que será sagrado para vosotros. Comeréis lo que el campo dé de sí. En este año jubilar recobraréis cada uno vuestra propiedad» (Levítico 25, 10-13). La trompeta con que se anunciaba este año particular era un cuerno de morueco, que se llama *yobel* en hebreo, de ahí la palabra *Jubileo*. La celebración de este año llevaba consigo, entre otras cosas, la restitución de las tierras a sus antiguos propietarios, la remisión de las deudas, la liberación de los esclavos, y el reposo de la tierra. En el Nuevo Testamento, Jesús se presenta como Aquél que lleva a su cumplimiento el Jubileo antiguo: «*El Espíritu del Señor está sobre mí, porque me ha ungió. Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva, a proclamar la liberación a los cautivos y la vista a los ciegos, para dar la libertad a los oprimidos y proclamar un año de gracia del Señor*» (Lucas 4, 18-19).

¿Cómo releer este mensaje social jubilar en nuestro contexto socioeconómico occidental actual? A nadie escapa que vivimos en un sistema neoliberal en el que nos sentimos bastante cómodos. El neoliberalismo nos crea un sinfín de interrogantes: ¿podrían dos tercios de la humanidad vivir al ritmo de vida del otro tercio? ¿cómo entender que los estados neoliberales estén engendrando paro, por un lado, y quieran, por otro, acabar con la pobreza? Sacar a los pobres de la pobreza puede constituir un noble objetivo, pero, ¿para que se integren en *qué sistema?*, ¿qué pasaría en el sistema económico neoliberal si el ciclo del consumo se paraliza? Estamos todos de acuerdo en que hay que evitar la *satanización* de los sistemas económicos y ver también lo bueno que aportan. La realidad socioeconómica es compleja y hay que evitar los reduccionismos a sistemas simplistas: lo privado es

lo bueno y lo público es lo malo. A la bestia grande del neoliberalismo es difícil vencerla. Nos queda la esperanza de la utopía de la *revolución de las termitas*.

El tema del neoliberalismo está indisolublemente unido a una realidad que no puede pasar desapercibida ante nosotros en este Año Jubilar: la **Deuda Externa** que tienen contraída los países más pobres del Planeta con respecto a los países más ricos. Los que no tienen se endeudan para poder tener algo y vivir. Los que tienen abusan con sus intereses usureros. Pero no todo es cuestión de dinero. Lo que hay por debajo de todo esto es un sistema de valores que produce ese enorme desajuste. Para algunos la vida es el valor supremo. Pero para otros la cima de los valores está en el dinero y en la acumulación de dinero. El poder que da el dinero unos pocos lo utilizan para manipular a una gran parte de la humanidad, generando dependencia, sumisión y muerte, y la gran mayoría, más de las dos terceras partes de la población mundial, padece sus efectos desastrosos.

Estas reflexiones sociales nos tienen que dar la oportunidad de:

- Valorar la importancia de una correcta *información* sobre estos temas.
- Como educadores/evangelizadores, sentir la necesidad de una auténtica *concienciación* si es que queremos concienciar a otros.
- Caer en la cuenta de la *complejidad* con que funciona eso de la economía mundial (que no puede ser abordada con simplismos).
- Advertir de la *perversidad* de ciertos mecanismos que se generan en los sistemas económicos y de la *corrupción* que los suele acompañar.

De todo lo anterior deducimos que:

- Asumir lo social debe entrar a formar parte de nuestra celebración del Jubileo.
- No debemos desplazar sin más las críticas a los sistemas y estructuras, sino hacérselas también a nosotros mismos.

- No tenemos que contentarnos con la sola información o concienciación, sino pasar a los *hechos aterrizando en nuestro surco*.
- Nos parece necesario que antes de preguntarnos qué es lo que hay que hacer, hay que preguntarse qué es lo que les pasa, a quiénes les pasa y por qué les pasa.
- Tenemos que promover y desarrollar más el sistema de redes sociales y el cooperativismo.
- Hay que seguir potenciando o poniendo en práctica diversas iniciativas para el conocimiento de las realidades sociales: semanas, mesas redondas, intercambios, visitas, proyectos de inserción, exposiciones, etc.
- El Jubileo no sólo hay que celebrarlo sino vivirlo cada día en la realidad personal y social.

3. HACIA UNA CATEQUIZACIÓN DEL JUBILEO

En la tercera parte de nuestra reflexión queremos hacer hincapié en cómo la Iglesia ha anunciado este acontecimiento Jubilar. Dos documentos son especialmente significativos al respecto: la carta apostólica *Tertio Millennio Adveniente* (Juan Pablo II, 10.11.94) y la Bula *Incarnationis Mysterium* (Juan Pablo II, 29.11.98). En la primera hay que destacar, sobre todo, los números 14 y 15 ya que tocan el punto neurálgico del Jubileo 2000: la *commemoración del nacimiento de Cristo* y el *regalo* que con tal ocasión debemos hacer al Señor.

En la Bula interesa destacar y actualizar los signos de este Año Jubilar:

- **La peregrinación (n. 7)**
 - Es como un símil de la vida misma: siempre se va desde (las situaciones del día a día) hacia (una meta, una aspiración que lograr o alcanzar).
 - *Va* desde las palabras, discursos, documentos, declaración de objetivos y buenas intenciones, etc. a realidades concretas coherentes con nuestros

credos y afirmaciones.

- Es pasar de la *gracia barata* (según Bonhoeffer) a la *gracia cara* (de compromiso). Es fácil llenarse de indulgencias y acaso ello impida o nos haga creer que por ello somos buenos cristianos.
- Supone un esfuerzo por conocer más y mejor a los que *peregrinan* con nosotros en la *ciudad terrena* (bloque de piso, trabajo, grupo de amigos, comunidad cristiana, etc.)
- Ir a visitar por un tiempo conveniente a los hermanos necesitados o con dificultades (enfermos, encarcelados, ancianos solos, minusválidos, etc.)
- Pasar del sentido de culpabilidad al de reconciliación.
- Caer en la cuenta de la actitud cristiana de caminante en proceso permanente de búsqueda.
- Partir de una actitud egocéntrica a otra de solidaridad evangélica.

● **La puerta santa (n. 8)**

La verdadera **puerta** es Cristo. Es decir, en Él nos renovamos de *hombres viejos* a *hombres nuevos*.

Y cruzar el umbral de la puerta santa es:

- Pasar de una visión y comportamiento egocéntrico a una visión nueva, cristocéntrica y alocéntrica.
- Descubrir que el mundo necesita ser salvado y redimido de tantas miserias y carencias y así orientar la conducta personal e institucional una vez *purificada* nuestra visión y comportamiento.
- Hacer un acto de valor para pasar el umbral que más nos cueste a cada uno.
- Preguntarse qué puertas permanecen cerradas en cada uno y que no nos atrevemos a abrir.
- Cruzar el umbral de la igualdad y de la participación en la vida eclesial
- denunciar la cerrazón étnica y social y dar cobijo en el mismo espacio educativo a inmigrantes y marginados.
- Abrir *puertas* para curar *heridas*.

• **La indulgencia (n. 9)**

El tema de las indulgencias nos evoca el gran don de la salvación. El perdón que Dios da es gratuito y generoso. No *se gana*, sino que *se celebra*, como un regalo que Él nos concede. Por eso, la indulgencia no se gana, se acoge.

Este signo del Jubileo se comprenderá bien si:

- Acentuamos la imagen de Dios indulgente tal como nos lo revelan las parábolas de la misericordia.
- Pasamos de atesorar indulgencias a ser indulgentes con todos.
- La actitud del perdón gratuito de Dios se encarna de un modo más visible en las formas concretas de la administración del sacramento de la reconciliación.
- En lugar de hacer viajes costosos para ganar indulgencias *viajemos* hacia el interior de nosotros mismos para ser indulgentes.

• **La purificación de la memoria (n. 11)**

Purificar la memoria responde a una necesidad psicológica: *¡desculpabilizarnos!* Es muy diferente de *pérdida de la memoria* que tiene claras connotaciones negativas. Por eso:

- Tenemos que responsabilizarnos de los *errores del pasado y los del presente*,
- cargar *con* ellos,
- y comprometernos a corregirlos.

Purificar la memoria es:

- Pedir perdón, que es una forma de reconocer la debilidad humana (la mía y la de los otros).

- Aceptar también ser perdonados: es ser receptivos al don del otro. Es una forma de humildad que nos rehabilita interiormente.
- Partir de la memoria de nuestras faltas y errores y deducir una actitud de purificación y de compromiso.
- Superar resentimientos, amarguras, indiferencias, prejuicios, estereotipos, incomprendiones, etc. para poder vivir el gozo de un compromiso fecundo.
- Hacer una autocrítica de nuestros papeles como padres de familia, esposos, hijos, educadores, sacerdotes, religiosos/as, trabajadores, etc.

• **La caridad (n. 12)**

Se *fundamenta* en el:

- Principio-*misericordia* (hacia el otro).
- Principio-*reconocimiento* (del otro).
- Principio-*abajamiento* (hasta donde está el otro).

Y se *demuestra* en:

- Acercarte, oír y ver, etc.
- Hacerse como...
- Identificarse con...
- Estar dispuesto a correr la misma suerte (del débil).
- Tener capacidad de amar *contra viento y marea*: un amor que respete la autonomía y forma de ser y sentir de los demás.
- Vivir en *actitud* de caridad, de la que fluye de los actos de caridad.
- Experimentar la alegría y testimoniarla.
- Abrir los ojos a las necesidades de quienes viven en la pobreza y en la marginación.
- *Sanear* el corazón, y
- Trabajar por la justicia, que significa:
 - Anunciar el amor por la justicia como actitud básica evangélica.
 - Denunciar las situaciones injustas allá donde se encuentren.
 - Participar en iniciativas ciudadanas que vayan en esta dirección.

¡Y seguir manteniendo, pese a todo, el discurso teológico de la opción preferencial por lo pobres!

• **La memoria de los mártires (n. 13)**

Los mártires:

- Dan credibilidad a la causa por la que han dado su vida.
- Son fuentes de dignidad y de esperanza (para los pobres).
- Representan para nosotros una buena referencia.

Mártir es también quien da su vida entera *día a día* por la causa del Reino. La comunidad cristiana necesita de la memoria de los mártires. Y, con este fin, parece muy útil:

- Elaborar un calendario de mártires de hoy (o testigos de la fe) que se han jugado la vida para servir al prójimo.
- Evocar a estos mártires en la homilía, plegaria de los fieles, acción de gracias, oraciones de grupos y comunidades cristianas, etc.
- Hacer hincapié en los mártires anónimos.
- Destacar a todos los mártires independientemente de su origen étnico, religioso, ideología, etc.
- Insistir en los motivos del martirio: creencias, justicia social, derechos humanos, etc.

CONCLUSIÓN

Celebrar el Jubileo debe ser para los creyentes una ocasión de renovación. De renovación personal y comunitaria, y también social, pues tal era la renovación que el jubileo veterotestamentario pretendía, *restablecer la justicia de Dios*. Una renovación que, en el espíritu del Jubileo inaugurado

por Jesús, nos invita a sus seguidores a *«proclamar el año de gracia del Señor»* (Lucas 4, 19) en el perdón incondicional, en la defensa del pobre, en la liberación de cualquier forma de opresión y esclavitud, y en hacer presente el Reino en *«unos cielos nuevos y una tierra nueva en los que habite la justicia»* (2 Pe 3, 13).